

Entrevista
exclusiva

DANIEL COHN BENDIT:

Para alcanzar otras orillas

Por Blanca Solares y Egon Becker

Escapar a una imagen fija en la opinión pública no es una tarea fácil. Para Daniel Cohn Bendit los años posteriores a la revuelta de 1968 han significado un continuo intento por seguir siendo un hombre político más allá del estereotipo de activista con el que inevitablemente se le asocia. De la vida un tanto nómada y agitada de su juventud a su actual condición de inquieto sedentarismo, media una historia que no es ajena a la protesta pero que se reserva la capacidad de criticar el entusiasmo ingenuo y la intransigencia sin sentido.

Vuelto al interés de los lectores de habla hispana por la traducción de su reciente libro *La revolución y nosotros* que la quisimos tanto. . . , un documento nostálgico sobre una generación y una forma de hacer política, Cohn Bendit continúa siendo una figura que a nadie deja indiferente. Como principal accionista de la revista *Pflasterstrand* (Bajo los adoquines, ¡la playa!) el antiguo militante de izquierda se ha colocado al frente de una empresa. Pero la publicación, fundada con la intención de contribuir al desarrollo de los movimientos sociales alternativos de la RFA, representa un punto de encuentro para los nuevos debates intelectuales y una piedra en el zapato para la política oficial. Compañero de viaje de "los verdes", no deja de mantener su autonomía y la cualidad de ser un "situacionista político". Los años de participación en una gran variedad de movimientos dentro de una etapa conflictiva y desesperanzada han devenido una experiencia a partir de la cual ha podido concluir que la acción política es un proceso de múltiples dimensiones, de insumisión a los aparatos y una continua experimentación. Real-politik pero conciencia de la necesidad de ilusionarse a sí mismo, juego democrático pero sin olvidar la resistencia creativa.

La entrevista se realizó en el departamento de Cohn Bendit en donde se reconocen algunas de las señales de su forma de vida: voces de ni-

ños y comfortable sencillez, en contraste con signos de su presente actividad política: visitas, continuos telefonemas. . .

Egon Becker es actualmente responsable del Instituto de Ecología Social de Frankfurt, amigo e interlocutor político de Cohn Bendit, actual candidato al parlamento regional de la ciudad de Frankfurt, por lo que se trata ante todo de un diálogo para elucidar preocupaciones comunes.

A su vez, Blanca Solares es una estudiante mexicana que prepara su doctorado en Frankfurt.

Pareciera hoy en Alemania Federal que la discusión de problemáticas que afectan a la sociedad en su conjunto, los problemas ecológicos, la reducción de la jornada de trabajo, la solución a cuestiones sociales específicas hubieran introducido cambios profundos en la práctica política, de forma tal que las diferencias entre izquierda y derecha o entre progresistas y conservadores se vuelven complejas. ¿Cuál sería al respecto tu consideración básica?

Yo diría que en lo fundamental existe un nivel tradicional de diferenciación. Ser de izquierda significa que la justicia social y



el rechazo a la marginación permanecen como momentos esenciales de la identidad política, trátese de la forma de decisión que se trate —da lo mismo la perspectiva desde la que uno aborde la cuestión—, esa orientación debe sostenerse siempre. Hace tiempo se decía que ser de izquierda era ser progresista. Pero eso no se puede sostener ya fácilmente. Progresista era Strauss, quien siempre estuvo por el progreso, siempre ir más adelante, siempre ir más aprisa.

Las instalaciones atómicas son tan "progresistas" como lo fueron los hornos de carbón.

O como la energía del viento o cosas así. Sin embargo, en lo que a nosotros se refiere, respecto a la problematización del crecimiento social en su conjunto, se ha resquebrajado el significado de lo progresista o de la izquierda. Si bien también agregaría que izquierda y derecha se diferencian a partir de distintos valores de categorías morales.

En cualquier caso, desde tu perspectiva, ser de "izquierda" se relaciona con ideas igualitarias.

Ser de izquierda es ser igualitario, pero ser igualitario no significa "hacer las cosas igual". Y conservador es, ante todo, ser individualista, pero no una garantía para la individualidad.

Otro elemento que es importante destacar en relación a este último punto, es que a diferencia de hace veinte años, cuando determinados sectores buscaron una mayor interacción político-social, hoy, por el contrario, existe una fuerte tendencia hacia la individualización.



Lo veo de una forma un poco distinta. Me parece que quienes se sublevaron a fines de los años sesenta intentaron reconciliar dos cosas que quizá planteadas se contradicen. Es decir, intentaban romper la mediocre unidimensionalidad social que el capitalismo tardío ha producido y, contra ello, intentaron propagar formas de vida individuales y colectivas al mismo tiempo. Y la dificultad radica ahí, en que con el intento de desarrollar nuevas formas de vida individuales y colectivas surgió una montaña de contradicciones derivadas de las estructuras subjetivas de la gente y conformadas de tal manera que aquellas experiencias e intentos sólo pudieron sostenerse por un tiempo, después de lo cual volvieron a ser abandonadas. Lo que ello significa es que desprenderse de estructuras sociales que han sido insertadas en el carácter de la gente sólo era posible a través de un tratamiento puntual de las cosas. Esto, en mi opinión, sólo se entendió más tarde. Por eso hoy no diría que lo que tenemos es una fuerte individualización, sino todo lo contrario, que el capitalismo trabaja en principio en contra de la individualización. El capitalismo es antividualista. Si tuviera que formularlo provocativamente diría que no me explico por qué los norteamericanos se alarman respecto al comunismo, para mí los suburbios norteamericanos son el comunismo realmente existente. Uno es idéntico al otro. Y ese famoso dicho: *Keep up with the Johnsons!* no quiere decir sino que si ellos tienen un auto, nosotros también tenemos que poseer un auto. Esto para mí es la forma de expresión colectiva de la sociedad de masas: el parecerse unos a los otros. Criticar las actitudes individualistas *per se* es riesgoso. Por otro lado, se ha mostrado que la so-

cialidad actual —en contra de esta tendencia masificadora— desarrolla posiciones individualistas no homogeneizantes, en la forma en la que se les entendió a partir de la revuelta de 1968. La sociedad actual está impregnada de un deseo de individualización que tomó su contenido a partir de ese momento. Eso es algo positivo. Sin embargo también se ha conformado una figura de individualismo sin escrúpulos que intenta avanzar cínicamente sobre todas las contradicciones sociales que encuentra a su paso. Ambas tendencias se encuentran mezcladas en la realidad. Lo único que quiero es defenderme de ver al individualismo como algo negativo.

Al parecer lo que predomina es el individualismo. En los departamentos de los viejos camaradas de Frankfurt, en relación con los espacios de hace 10 o 15 años, todo se ha convertido en mucho estilo. . .

Sí, pero eso tiene que ver con la edad. . . cuando se tienen 20 años se vive siempre saltando de un lugar a otro y tu departamento corresponde a un arreglo existencial transitorio de diferentes formas de vida que se quieren probar. Hasta que un buen día, se instala uno más o menos espontáneamente en una forma de vida determinada y se intenta desarrollar ese estilo por un buen tiempo. Cuando entonces comparas ese departamento con el de aquellos que no participaron en la revuelta obtienes una comparación legítima. Ahí están los que permanecieron, los que no se entremezclaron. Los puedes confrontar no sólo con su propia historia, sino con lo que hubieran podido ser. Entonces tienes un juicio de su realidad.

El nuevo arreglo de los espacios de vida se relaciona con esa necesidad de estetizar la cotidianidad que era una temática incorporada a la revuelta, lo que puede preguntarse es cómo puede irse más adelante con estas "necesidades estéticas" que tienen también mucho que ver con las circunstancias políticas.

Seguro. No sé cómo se puedan desarrollar. Es decir, uno ve este problema ahora también como generación. Esa generación tuvo diversas experiencias y saltos. Ahora vive en una actitud de espera.

Lo que dices hace pensar en Reimut Reiche quien hace algunos años sostuvo en una discusión que en principio toda generación podría sublevarse verdaderamente sólo una vez, que si entonces perdiera, retrocedería. Corroboraba su tesis con argumentos psicoanalíticos. La muerte del padre sólo puede ser perpetrada una vez. A veces, es posible que su tesis no sea falsa, porque mucha de la gente que entonces se sublevó no ha vuelto a intentarlo. Lo que no es claro es si en aquel entonces en verdad se sublevaron o si sólo corrieron tras el movimiento.

Un tema que no se puede pasar por alto es el de la relación entre los movimientos sociales de Europa y los movimientos de resistencia y transformación social en otras partes del mundo. Por ejemplo, en la preocupación del movimiento estudiantil por la guerrilla en Latinoamérica, como forma de subversión. En apariencia el movimiento social en Alemania se encuentra hoy encerrado en problemáticas internas y un tanto al margen de lo que sucede en otras partes del mundo.

Sí y no. Visto en retrospectiva, Latinoamérica tuvo la función de un deseo, el deseo que confirmó al movimiento estudiantil de fines de los sesenta que entre el revisionismo de la Unión Soviética y el capitalismo podría haber una tercera opción revolucionaria, la prueba de ello eran los movimientos revolucionarios en América Latina; éstos fueron utilizados como comprobación de una tesis política. Comenzando por Fidel Castro, luego por los diferentes movimientos social-revolucionarios en Bolivia, Brasil, otros



estados y finalmente con Argentina. Para ser sincero habría que decir que los revolucionarios de Europa Occidental guardaron —respecto a estos movimientos— una relación instrumental. Los utilizaron como confirmación para su política propia y vieron todo lo que de ahí se derivaba bajo este presupuesto. Los problemas de América Latina fueron subordinados a esta necesidad de dar certeza a sus proposiciones. Mientras tanto se ha dado una ruptura con el antimperialismo clásico del movimiento estudiantil, una ruptura contra aquella posición que sostenía que los movimientos sociales correctos y que las alternativas para nuestra sociedad surgirían en Vietnam, en Cuba o no sé dónde. Esta idea no existe más. Pero por ello es ahora más difícil establecer una relación no identificatoria y no eufórica entre los movimientos sociales de aquí y los de América Latina. A pesar de ello creo estar seguro de que el movimiento ecologista trae consigo una discusión en la que la reflexión sobre el desarrollo en América Latina y el Tercer Mundo juega un papel importante. No obstante, el problema que ahora surge es que, en principio, uno tiene que afrontar el hecho de que los latinoamericanos tienen primero que lograr algo que entre nosotros está ya dado y se sobrentiende, el establecimiento de la democracia. De lo que se trata en América Latina ya no es establecer el Estado socialista, éste u otro modelo de Estado, sino sencillamente de establecer estructuras democráticas sólidas, básicamente estables. Cuando en Brasil el movimiento por el derecho al voto y de elección directa del presidente se convirtió en un movimiento del pueblo, ésto fue claro. Ciertamente que aquí eso no levantó el ánimo de na-

die, pero allá como movimiento social fue un fenómeno impresionante. En Argentina lo mismo sucedió con Alfonsín, o recientemente el caso de México, donde la oposición política contra el candidato del partido oficial se ha fortalecido tanto que el sistema podría derrumbarse. Todas estas son cuestiones que en mi opinión resultan esenciales para el futuro de América Latina y que aquí simplemente no son percibidas en su significación.

En relación estrecha con la reflexión ecológica, en los últimos meses se ha hecho de conocimiento público a través de la prensa escándalos que tocan a las relaciones de Alemania con el Tercer Mundo. Los desechos que aquí nadie quiere más son colocados en África. Fábricas que no satisfacen nuestra seguridad estándar son trasladadas a cualquier parte del Tercer Mundo. Ha comenzado una nueva fase de la producción industrial en la que nuestra basura y producción peligrosa se traslada a esos países. Los africanos formularon hace poco un argumento muy fuerte: "Entre más se fortalece el movimiento ecológico en Europa y menos internacionalmente opera, más recibimos nosotros sus desperdicios, su peligrosa producción y sus daños ecológicos."

Eso puede ser un aspecto parcial. Por otra parte, me parece, está el hecho, si se analiza políticamente, de que los medios de comunicación en nuestros países son muy poco confiables. Apenas ahora acabo de escuchar una noticia procedente de Francia, en la que se dice que los franceses son ecológicamente insensibles y completamente inconscientes respecto a los daños al medio ambiente provocados por la energía nuclear. Sin embargo, el despacho de desechos a África alteró a todos, rebasó todo límite y me parece que también ahí puede formarse una nueva sensibilidad social-ecológica. La cuestión de que corresponde a nosotros mismos solucionar aquí el problema de los desechos puede llegar a ser aceptado y entendido por cualquiera. De manera que creo que entre más se fortalezca aquí el movimiento ecológico y más se coloque en el centro de la cuestión el tratamiento de los desechos más se hará avanzar la conciencia de la sociedad respecto a la problemática ecológica y su relación con los países del



Tercer Mundo. No es tan simple afirmar que el cinismo blanco domina en todas partes. Creo que por el momento es muy difícil hacer propuestas internacionalistas concretas. Uno puede indignarse, puede moralmente exteriorizar esta indignación, pero decir en concreto lo que debe hacerse se ha hecho mucho más difícil. En los años sesenta uno se mantenía a flote con la falsa idea respecto a la necesaria construcción del socialismo o la independencia nacional que todo podía solucionarlo. Pero hoy eso ya no es posible. Yo no diría que aquí los movimientos se ocupan sólo de cuestiones internas; lo que pasa es que no tienen recursos para hacer algo. ¿Cuáles pueden ser las soluciones para África o América Latina? No lo sabemos, mucho menos cuando ahí prácticamente no existe ningún movimiento emancipatorio de orientación ecológica. Hay naturalmente, y justo eso es lo que hace a uno impotente, un deseo de la población de construir primero una sociedad industrial, tal y como ahora existe entre nosotros, para finalmente conseguir una parte del pastel. Y ahora llegar a esos países para sostener y darles una prédica moral, diciendo siempre con el consabido dedo índice: "Miren, si hacen eso lo que hacen es destruir ecológicamente su país, etc., etc." . . . Eso es difícil, especialmente si, al mismo tiempo, uno no puede ofrecer una alternativa.

Pero si bien los objetivos de los movimientos sociales en Europa y en los países en vías de industrialización divergen en lo inmediato, ¿adviertes la posibilidad de una eventual coincidencia?

Es posible, sólo si en principio se da ahí también un movimiento ecologista. Algo





de eso hay en Brasil, también en Argentina. Esa es la base del entendimiento. Lo que no podemos es guiar determinadas discusiones de manera paternalista. Pero también hay que tomar en cuenta que desde la perspectiva del Tercer Mundo, la crítica de los verdes a la política urbana en la RFA parecería evidentemente equivocada por completo. Claro, si tomas ciudades como São Paulo o la Ciudad de México, Frankfurt es un pueblito ecológico modelo. Todo el que viene de São Paulo a Frankfurt nos pregunta que qué diablos queremos, que podemos manejar bicicleta, que el aire es maravilloso, etc. . . Y, por supuesto, naturalmente que entre ciudad y monstruo hay una diferencia, como también la hay entre ciudad y pueblo. Uno no quiere ni un monstruo ni un pueblo y sin embargo sí una ciudad. Al respecto, me parece que los verdes son poco precisos. Naturalmente que, como ciudad, México es una locura. El problema es cómo das vuelta a esa cuestión. Muchos de los verdes dan a este asunto respuestas muy rápidas con las cuales se sitúan junto a Pol Pot antes de lo que piensan. El peligro más grande entre los verdes es el estar convencidos de que el mundo estallará o de que el apocalipsis se producirá de un día a otro.

Hablemos del partido de los verdes. ¿Por qué ingresaste a ese partido y por qué desde entonces trabajas en él activamente?

(Se ríe) Primero la segunda pregunta. Yo no trabajo para nada activamente en los verdes, soy miembro y estoy listo para hacer determinadas cosas. Pero mi ocupación es, en el fondo, antes que nada, la de un "Fellow traveler". Antes que na-

da soy alguien que al margen de los verdes quiere hacer determinadas cosas con los verdes. No soy un miembro que cada una o dos semanas asiste a las reuniones, o que hace trabajo de base o que aspira a ocupar un puesto en la organización.

Difícilmente puede imaginarse que te sientes por horas en un comité directivo regional.

. . . o cosas de ese tipo. En un determinado momento de desarrollo político me cautivó el proyecto de los verdes y su intento por entrometerse en el plano institucional de la política de la RFA para subvertir esa política y eso aún lo encuentro atractivo. Ingresé a los verdes de la misma manera como uno hacía política en los años sesenta. Un día cualquiera se encuentra correcto un planteamiento y se



prueba con él. Si ahora parece que ello está en contradicción con lo que hicimos en los años sesenta es necesario ver que existe una relación cercana a la forma y modo en cómo, por lo menos yo, me desenvuelvo en la política. De la misma manera en la que en una situación totalmente bloqueada se intenta a través de un acto sorpresivo hacer que la cosa estalle. Eso puede decirse que lo consiguieron los verdes al menos durante un tiempo. Han hecho verdaderamente explotar al estable plano político institucional en la RFA. Cómo puede continuarse con esto es otro problema, depende de la manera en que un partido de esas características pueda desarrollarse. . . puede también derrumbarse totalmente, ya se verá.

Desde tu punto de vista, ¿qué es lo peculiar en los verdes, son una innova-

ción en el espectro de un partido clásico?

Los verdes se conformaron con la pretensión de ser algo especial. Con base en esto, debe decirse que la crítica que en los años sesenta hicimos al parlamentarismo —a los partidos burgueses y a sus formas parlamentarias de hacer política— fue totalmente correcta. Así son los partidos. Pero si uno se desplaza a este plano de la política también uno se convierte en un partido como los otros. Es presuntuoso creer que debiera ser de otra forma.

Ése es un punto delicado. Si uno pasara revista a la crítica al parlamentarismo de los años sesenta —uno de los libros en aquellos días importante y muy discutido fue el de Agnoli y Brückner sobre la transformación de la democracia— ¿tú seguirías sosteniendo aún hoy que esa crítica es esencialmente correcta?

Como crítica es correcta. Sólo agregaría que pese a ello hay momentos históricos en los cuales al entrar en esas instituciones en parte se las transforma, por ejemplo, introduciendo una determinada dinámica. Lo que en mi opinión mostraría que es posible alcanzar una situación social en la que la gente ya no tuviera más que llegar ahí sólo a tomar decisiones con base en posiciones preestablecidas, sino que estas posiciones se conformaran también en ese espacio de forma que la gente no tuviera que pensarse y actuar en bloques fijos mayoritarios. Si esto es así el parlamento recibe entonces repentinamente otra función a la que tuvo en los años cincuenta y sesenta, es decir, se convierte en lugar para la discusión real de determinadas cuestiones sociales. Me sorprendió cómo esto que ha sido discutido



desde hace tiempo, así como la llamada en Alemania "mayoría cambiante" (wechselnde Mehrheiten) ha sido siempre condenada como una circunstancia fatal y de repente hay un país —Francia— que retoma directamente esta circunstancia y la celebra como el punto máximo de la democracia moderna. En Francia no hay más una mayoría estipulada, lo que existe es un gobierno que permanentemente debe buscar la mayoría. Si en verdad este es el caso, el parlamento tiene repentinamente una función de la que antes carecía en lo absoluto: es en efecto el lugar de conformación de una mayoría sobre los debates sociales. Sobre problemas como el desempleo, la destrucción del medio ambiente, las relaciones Este-Oeste, si el presidente quiere hacer aprobar un impuesto para los que mejor ganan, esto debe ser acordado con los comunistas. Si quiere una legislación en favor de los patrones debe aprobarla con los liberales. De manera que no pueda decirse tan fácilmente que todo se decide al margen del parlamento.

Hay una conexión entre el movimiento de protesta y el partido de los verdes. Con la fundación del Partido Verde y con su crecimiento como partido se ha hecho claro que éste, siempre más, se asemeja en su estructura básica a los otros partidos. Parece inevitable. ¿Qué significado tiene este proceso para los movimientos de protesta que surgen a partir de otros motivos del todo distintos al de ganar las mayorías parlamentarias y al de tener influencia en las elecciones? ¿No ha conducido quizá el crecimiento de los verdes en la RFA a un debilitamiento sistemático del movimiento de protesta?



No lo creo. Lo que es correcto es que los movimientos sociales de protesta deben diferenciarse de los verdes. Deben ver a los verdes como aliados posibles o no posibles. Como un partido al que pueden presentarle determinadas propuestas. Los verdes podrían entonces aceptar esas proposiciones o no. Pero los verdes no son los representantes de los movimientos sociales de protesta. Me parece que este es el error básico de esos movimientos, pero a la vez también el error fundamental de los verdes que creen que podrían jugar a ser sus representantes.

Es decir, una valoración política errónea de ambas partes que conduce hacia su propio debilitamiento.

Sí, sí, correcto. Sólo que yo preguntaría qué significa debilitamiento. El movi-



miento antinuclear en Hessen fue de los más fuertes cuando Fischer era ministro del medio ambiente. Ahí tenían a alguien a quien podían dirigirse, a un socio y al mismo tiempo a un contrincante con el que podían discutir verdaderamente. Hoy en Hanau no sucede nada, pero no porque los verdes no sean fuertes sino porque nuevamente lo que ahí hay es una sociedad cerrada de la que uno sabe que no se deriva nada. Un movimiento de protesta sólo puede funcionar en forma de oleadas. Sube, baja, vuelve a desvanecerse un poco. Pero todo intento de mantener movimientos de protesta como estructuras verdaderas es erróneo. Los movimientos de protesta son expresión de un conflicto social, surgen y luego se dispersan.

Pero si esto es así, entonces, ¿qué representan los verdes?



Son la quintaesencia de los conflictos políticos y sociales de los últimos quince años, de la conciencia política de un proceso que comenzó en Alemania Federal a fines de los años sesenta, que se desarrolló a través de los movimientos sociales de los años setenta y que continúa hasta ahora a través del movimiento feminista y del movimiento por la ecología. Todo ello ha dejado un sustrato en la conciencia política. Los verdes son una red en donde todos como partículas se encuentran juntos, unidos en relación a una nueva identidad. De forma semejante a como la socialdemocracia en un momento dado se convirtió en sustrato del desarrollo del movimiento obrero sin ser idéntica a éste. Atribuirse esa identidad fue el embuste socialdemócrata.

Guardas respecto a la política una relación experimental. Ensayas; si no resulta pruebas con otra cosa. Sin embargo, los verdes como partido con sus órganos resolutorios y con sus objetivos políticos, ¿no debieran también desarrollar de manera semejante una relación experimental hacia la política?

No sé, a lo mejor funcionaría. Si no funciona es porque la gente aborda las cosas de forma extremadamente ideológica. Creo que funcionaría algo así como un gusto por el experimento permanentemente legitimándose, eso tendría una tremenda acogida en esta sociedad. La gente tiene la sensación de que no hay tanta seguridad. En el fondo la política oficial también es un experimento permanente, lo que no hace es legitimar sus comportamientos y derrotas, explicar sus cambios y exponerlos frente a la opinión pública. Los verdes como partido con un

gusto por el experimento podrían así marcar su diferencia respecto a la política establecida.

En esa medida la discusión actual entre "fundamentalistas" y "reales" es sólo alboroto, sencillamente absurda.

Pero está ahí. Lo complicado en los verdes es que existen tendencias a definir cuestiones sociales y políticas como cuestiones existenciales cuando estas cuestiones existenciales no pueden ser más objeto de discusión, para ellas hay sólo respuestas que son correctas o falsas pero como quiera que sea son siempre ideológicas, incluso entre los verdes. Si los verdes están en la oposición da lo mismo que se expresen con una sola voz porque en realidad sólo tienen que hacer juntos algunas cosas mientras que otras pueden tratarlas de manera separada. Si formarían parte de una mayoría parlamentaria deberían ponerla permanentemente en cuestión a la vez que legitimar esa participación estratégico-política y luego siempre avanzar hasta donde se pueda. Si tal unidad avanza hacia su dispersión o por el contrario se fortalece, ya se verá.

¿Es por eso que te presentas como candidato al parlamento de Frankfurt?

Por supuesto, ello es el resultado de un proceso. Desde hace 18 años hemos hecho política en esta ciudad y ahora queremos saber si esa política en tanto forma de ver la vida puede conseguir una mayoría. Es simplemente un experimento que no tiene que sobrevalorarse pero que se puede ensayar. Creo que en la actualidad los verdes sólo pueden existir en la medida en que logren ilusionarse a sí mismos. Lo difícil es producir una relación real por un lado respecto a su identidad efectiva y, por otro, respecto a sus deseos.

Los verdes como partido tienen muy poco en cuenta a su propio estrato social, es decir a la población culta citadina. . . Los verdes tienen, como partido, claro, el más alto nivel educativo de la RFA. Un partido de este tipo no podría en realidad permitirse el antiintelectualismo. Lo peculiar, sin embargo, es que las universidades que una vez fueron en todo el mundo el punto



de partida del movimiento de protesta, aquí, ahora, como centros de la resistencia política y lugares de articulación de las ideas del futuro son prácticamente irrelevantes. ¿A qué lo atribuirías?

Creo que en las universidades también hay algo así como oleadas y que las oleadas sociales también en las universidades se encuentran en su nivel más bajo. Ahora bien, no puede generalizarse, ése es el problema. Hubiera podido decirse lo mismo en Francia y de repente... ¡Bum!... sucede lo del 86. En mi opinión las universidades no pueden ser catalogadas de forma definitiva. En el Tercer Reich estuvieron aquí claramente definidas como universidades de derecha. Hoy, como la mayoría de las instituciones sociales son poco predecibles, pueden estar de un lado o de otro. En México existen determinadas ideas o situaciones sociales por las que debe lucharse más claramente pero creo que en un país como la RFA la "imprevisibilidad" (Ünübersichtlichkeit) a la cual Habermas siempre vuelve a referirse es muy grande, de la misma manera que su potencial crítico y su ensimismamiento apolítico.



La universidad como institución y en especial sus profesores no fueron durante la época del movimiento estudiantil quienes realizaron la resistencia, fueron los estudiantes.

Sí, sí, claro. Pero los estudiantes hoy están profundamente inseguros e intentan librarse del apuro individualmente. Eso puede durar mucho tiempo pero también puede tener un final abrupto. La cuestión es si de haber resistencia ésta traería algo cualitativamente distinto. Yo lo dudo. Esa fue la experiencia en Francia en 1986. Protestaron de manera ingenua contra el ordenamiento de los estudios, formularon protestas emotivas que ya habían sido formuladas años antes. Pero nada nuevo. En España el caso fue el mismo y dudo que en México haya sido de otra forma.

La universidad no es un centro desde el que la protesta pueda articularse. Los temas y las tesis políticas importantes de los últimos años se han articulado fuera de la universidad. Pflasterstrand ha introducido discusiones intelectuales más relevantes, justo porque ahí escribe también gente que está fuera de la universidad. El sitio del debate público sobre la crisis y el futuro de nuestra sociedad no es el académico.

De acuerdo. Un error de los intelectuales ha sido creer que podrían anticipar desarrollos sociales, mientras que lo único que en verdad pueden hacer es conceptualizarlos y participar en las discusiones.

Los intelectuales frecuentemente se autoconciben como una élite política que anticipa teóricamente y que ofrece una guía de exigencias sociales.

Sí, bueno, sólo que Habermas —por ejemplo— ni ha anticipado ni ha alentado el desarrollo social, ha reflexionado sobre determinados fenómenos y ello naturalmente ha traído consigo el que la sociedad en su conjunto adquiera una nueva conciencia de sí misma. Los intelectuales tienen la función de formular, de cuestionar y con ello transformar la conciencia que la sociedad tiene de sí misma, que ella misma expresa y que sin embargo surge de forma no articulada. ◊